

# Chonon Bensho Namabo<sup>1</sup>: Los sueños y la epistemología visionaria del pueblo indígena shipibo-konibo

*Dreams and visionary epistemology of the indigenous shipibo-konibo people*  
*Sonhos e epistemologia visionária do povo indígena shipibo-konibo*

Pedro Favaron  
Chonon Bensho

---

**Texto Indígena . Editor:** Edgar Bolívar-Urueta.

**Fecha de envío:** 2020-01-31. **Devuelto para revisiones:** 2020-04-24. **Fecha de aceptación:** 2020-05-10.

**Cómo citar este artículo:** Favaron, P., y Bensho, C. (2020). Chonon Bensho namabo: Los sueños y la epistemología visionaria del pueblo indígena shipibo-konibo. *Mundo Amazónico*, 11(1): 106-121. <http://dx.doi.org/10.15446/ma.v11n1.84858>

---

## Resumen

El pueblo shipibo-konibo es uno de los más numerosos de la Amazonía peruana. Pertenece a la familia lingüística pano y se asienta, principalmente, en las riberas del río Ucayali y del río Pisqui. El presente trabajo plantea la necesidad de investigar al pueblo shipibo-konibo desde adentro de sus propias racionalidades, sin imponer categorías eurocéntricas y planteando un modo de escritura académica intercultural que permita a los saberes indígenas expresarse sin perder su temperamento poético y narrativo. Se plantea que el sueño es considerado por los médicos tradicionales Onanya como una herramienta epistemológicamente válida para acceder al conocimiento. Además, permite al médico vincularse con sus antepasados y recibir su fuerza espiritual. La memoria ancestral no es un archivo cerrado, clausurado, que revisamos con un interés arqueológico o museístico; por el contrario, es algo dinámico, que se actualiza en nuestros sueños y sigue respondiendo a las inquietudes de nuestro presente.

**Palabras clave:** Shipibo-konibo; saberes ancestrales; sueños; medicina tradicional; epistemologías indígenas.

---

Pedro Martín Favaron Peyón. Investigador académico, poeta, escritor y comunicador social y audiovisual peruano-argentino. Posee el título de Doctor (Ph.D.) en Literatura por la Universidad de Montreal, Canadá. También es Magister en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires. Especializado en el estudio de saberes ancestrales de pueblos indígenas de América y en filosofía intercultural. Nishi Nete medicina tradicional, Perú  
Chonon Bensho. Artista indígena del pueblo shipibo-konibo (Comunidad Nativa de Santa Clara de Yarinacocha, región Ucayali, Perú), descendiente de sabios médicos tradicionales Onanya y de mujeres que han conservado las tradiciones artesanales y artísticas de sus ancestros.

### Abstract

The shipibo-konibo people are one of the most numerous in the Peruvian Amazon. They belong to the pano language family and are mainly located on the banks of the Ucayali and Pisqui rivers. The present work raises the necessity to investigate the shipibo-konibo people from inside their own rationalities, without imposing eurocentric categories and raising a way of intercultural academic writing that allows the indigenous knowledges to express themselves without losing their poetic and narrative temperament. It is proposed that the dream is considered by the traditional doctors Onanya as a tool epistemologically valid to access to knowledge. In addition, it allows the physician to link with his ancestors and receive his spiritual strength. The ancestral memory is not a closed archive, which we review with an archaeological or museum interest; on the contrary, it is something dynamic, which is updated in our dreams and continues to respond to the concerns of our present.

*Keywords:* Shipibo-konibo; ancestral knowledge; dreams; traditional medicine; indigenous epistemologies.

### Resumo

O povo shipibo-konibo é um dos mais numerosos da Amazônia peruana. Pertencem à família das línguas pano e estão localizadas principalmente nas margens dos rios Ucayali e Pisqui. O presente trabalho levanta a necessidade de investigar o povo shipibo-konibo a partir de suas próprias racionalidades, sem impor categorias eurocêntricas e levantando uma forma de escrita acadêmica intercultural que permita que os conhecimentos indígenas se expressem sem perder seu temperamento poético e narrativo. Propõe-se que o sonho seja considerado pelos médicos tradicionais Onanya como uma ferramenta epistemologicamente válida para acessar os conhecimentos. Além disso, permite que o médico se ligue aos seus antepassados e receba a sua força espiritual. A memória ancestral não é um arquivo fechado, que vemos com interesse arqueológico ou museológico; pelo contrário, é algo dinâmico, que se atualiza em nossos sonhos e continua respondendo às preocupações do nosso presente.

*Palavras-chave:* Shipibo-konibo; conhecimento ancestral; sonhos; medicina tradicional; epistemologias indígenas.

## Introducción

---

Aunque al nacer mis padres me inscribieron en la Municipalidad de Yarinacocha con el nombre occidental de Astrith Gonzales Agustín, en shipibo-konibo, que es mi lengua materna, me llamo Chonon Bensho, que significa golondrina de los campos medicinales. Soy una legítima heredera del saber de mis ancestros. Escribo este trabajo en conjunto con mi esposo, Pedro Favaron, complementándonos, como deben siempre hacer el marido y la mujer cuando piensan de forma saludable y actúan según las antiguas enseñanzas. El nombre shipibo de mi esposo es Inin Niwe, que significa viento perfumado de la medicina. Este texto es, en buena medida, fruto de la relación con mi esposo. Ni yo lo hubiera podido escribir sin su presencia en mi vida, ni él sería capaz de escribirlo y de comprender la hondura de nuestra sabiduría ancestral si no fuera porque, gracias a nuestra convivencia amorosa, él es ahora parte de mi familia. Esto responde a una profunda enseñanza en la que todo conocimiento legítimo surge desde la relación complementaria de los diferentes. El ser humano conoce su entorno entrando en relación con él.

El presente artículo es parte de una investigación y reflexión mayor sobre los saberes ancestrales del pueblo shipibo-konibo. Hemos realizado esta investigación, al mismo tiempo, como académicos y también como herederos

de estos saberes. Nuestra investigación ha demandado una consagración unánime a la medicina de los antiguos. Y ha provocado una transformación completa en nosotros. No hemos investigado un tema que nos interese solo desde un aspecto intelectual, sino que hemos sentido involucrada la totalidad de nuestro ser en el proceso. Se trata, ante todo, de un camino de vida. Aunque escribimos juntos, es mi voz, como mujer shipiba, la que prima en la escritura; con esto no pretendo dar a entender que yo sé más que mi esposo y que mi voz tenga una prevalencia. Ninguno de los miembros de la pareja es de mayor importancia. Lo que queremos con esta primacía de mi voz es dar cuenta de que estamos escribiendo desde adentro de la cultura shipiba y desde un compromiso ineludible con una red de relaciones afectivas y comunitarias que vienen desde el pasado, ya que parten desde mis ancestros, y que se manifiestan en el presente y continuarán en el futuro. En última instancia, esta red de relaciones conecta a todos los seres vivos a una misma fuente espiritual, a una misma matriz de vida que todo lo sustenta.

Parte de la honestidad intelectual de todo pensador consiste en aclarar su lugar de enunciación y las posturas filosóficas que sustentan su pensamiento. Los enunciados de las ciencias sociales, de los estudios culturales y de la filosofía no son ingenuos o inocentes. Todos escribimos con una intención, compartiendo ciertas nociones fundamentales acerca de lo que es el conocimiento y la investigación académica que, muchas veces, damos por descontadas. Detrás de toda investigación académica hay una serie de creencias, principios, supuestos, prejuicios y afirmaciones que constituyen lo que se conoce como paradigma cultural; recurrimos siempre, de forma más o menos inconsciente, a una imagen del mundo en la que se respaldan nuestros postulados. Aunque muchas veces las ciencias sociales han pretendido lograr cierta objetividad, esto no parece posible, en tanto se trata de estudiar seres humanos, siendo nosotros mismos humanos. Según ha escrito C.G. Jung, la racionalidad y el pensamiento no son procesos “liberados de todo condicionamiento subjetivo y sujetos solamente a las leyes eternas de la lógica, sino que son funciones psíquicas coordinadas con una personalidad y subordinadas a ellas” (1970: 71). El trabajo de las ciencias sociales y de los estudios culturales no puede excluir la reflexión que cada persona hace de sí misma, de su propia condición humana y de su propia cultura. No conviene negar nuestra subjetividad ni nuestras vivencias.

Al menos en lo que se refiere a los estudios etnográficos y culturales, el paradigma eurocéntrico no puede ser tomado como una verdad universalmente válida que permita leer e interpretar culturas cuyas bases ontológicas y epistémicas son distintas a las de la modernidad ilustrada. Cada contexto cultural nos propone un modo propio de interpretarlo. Lo que planteamos como necesario, en vinculación con otros pensadores y académicos indígenas de distintas procedencias, es que si se quiere investigar a profundidad a los pueblos indígenas y descubrir sus sabidurías y sus posibles aportes a la

humanidad, las metodologías de investigación y la comprensión misma de lo académico tiene que alejarse del paradigma ilustrado, para responder a las epistemologías, éticas y ontologías de los propios pueblos. El surgimiento de académicos indígenas ha planteado la necesidad de trabajar con metodologías interculturales que respondan de mejor manera a la espiritualidad y a las dinámicas de nuestras naciones. Se trata de que nuestras sabidurías ancestrales puedan expresarse en términos académicos con libertad, sin una excesiva necesidad de adaptarse a los discursos ilustrados, conservando su propia voz. Cuando los pueblos indígenas nos afirmamos como sociedades que no somos primitivas, que podemos expresar nuestras propias prácticas culturales y nuestras concepciones filosóficas y espirituales, ya no se necesita de un especialista moderno que dé a conocer nuestras peculiaridades culturales. Se trata de hacer academia dando cuenta de nuestras propias racionalidades.

Mis abuelos se han dedicado a la medicina ancestral desde tiempos muy antiguos. Los médicos tradicionales del pueblo shipibo reciben el nombre de Onanya o Meraya. Su conocimiento era vasto y profundo. Tanto mi esposo como yo hemos tenido la suerte de habernos formado en el sistema académico moderno; pero, al mismo tiempo, hemos atravesado los procesos de iniciación en el mundo medicinal, siguiendo el ejemplo de los ancestros. Hemos caminado por las sendas sagradas de los antiguos sabios, para vincularnos con los mundos espirituales y recibir de ellos una luz de sabiduría que ilumine nuestras almas y nuestras vidas. Nuestros mayores nos han transmitido su sabiduría; y en nuestros sueños hemos conversado con los Dueños espirituales del mundo medicinal, con los seres luminosos Chaikonibo y con los sabios Inka. Ellos nos han brindado sus enseñanzas con compasión y generosidad. Cuando una mujer shipiba sabe las costumbres de sus abuelas y las sigue practicando, cuando conoce las distintas plantas medicinales y con sus pies descalzos pisa la tierra que caminaron sus padres, no es una persona perdida en el mundo.

Desde la perspectiva indígena, una persona no tiene una propiedad excluyente sobre su conocimiento, ni el conocimiento es fruto de una conquista de la propia inteligencia, ya que el saber es siempre algo que se comparte y se transmite, que se reflexiona y se experimenta en común. Todos los seres del universo tienen sus particulares conocimientos que surgen y se expresan desde su propia perspectiva vital; estos conocimientos pueden ser compartidos con otros seres cuando se relacionan los unos con los otros. Así, por ejemplo, los Onanya conocen las propiedades medicinales y la sabiduría de las plantas, tomando ellos mismos sus cortezas y soñando con los Dueños espirituales de esos vegetales. Los conocimientos más elevados se obtienen cuando, gracias a arduos procesos de iniciación y purificación, los Meraya liberan su alma visionaria y logran vincularse con los espíritus de las plantas, con los antepasados y con los Inka. Son esos espíritus los que transmiten sus conocimientos a los médicos.

La fuerza espiritual del médico Onanya proviene de sus renunciaciones y retiros. De aquello que los mestizos de la región amazónica del Perú llaman la dieta, y que en shipibo se conoce como sama. Se trata de periodos prolongados en los que la persona que se quiere iniciar como médico visionario, se aleja de la vida en comunidad y de su propia familia. Se va a vivir a un pequeño tambo lejos de las miradas indiscretas. Entonces se baña con las hojas de una planta maestra, o toma de su corteza. Comerá solo alimentos austeros, como algunos pescados y plátano verde hervido, sin dulce ni sal. Renunciará al sexo. No le dará el sol sobre su cuerpo ni la lluvia. Estos periodos pueden ser más o menos largos. El dietador, poco a poco, irá purificando su biología de olores pestilentes y malos aires. Su cuerpo se volverá cada vez más ligero y saludable. Se impregnará con las esencias perfumadas de los vegetales. Adquirirá los conocimientos de las plantas que está dietando y sus propiedades medicinales. Se hundirá hasta la raíz de los vegetales y se nutrirá, a semejanza de las plantas, de la tierra, de la lluvia y del sol. El alma del dietador también se alzará hasta los cogollos superiores de las plantas medicinales, que son como antenas que captan la medicina de los mundos espirituales y las voces de los antiguos que están dando vueltas, como escritas en el aire. Desde esos mundos sutiles descenderán los cantos medicinales que el médico aprenderá en sus sueños; con ellos podrá curar a quienes pidan su ayuda con humildad.

## Los sueños con el abuelo

---

Mi familia paterna, que lleva el apellido castellano de Gonzales López, llegó a vivir en la laguna de Yarinacocha cuando no había mucha gente asentada en sus orillas. Yarinacocha entonces tenía aguas saludables y limpias; en ellas vivían abundantes peces, como paiches y doncellas, gamitanas y boquichicos grandes, además de manatíes y tortugas. Mis ancestros se asentaron en este lugar por la abundante pesca. Mi tatarabuelo, que fue bautizado en castellano como Enrique López, fue el primer curaca de la comunidad nativa de San Francisco; era un hombre con una personalidad fuerte, inteligente, muy respetado por su familia y por los misioneros. Mi bisabuelo paterno, que llevaba el nombre de Rao Nita, aprendió sobre las plantas medicinales y era Onanya. Su nombre significa bosque vertical de las medicinas. Pero quien llegó a practicar a un grado más alto la medicina fue mi abuelo materno Ranin Bima, que llevaba el nombre castellano de Francisco Agustín. Su padre, siendo niño, fue raptado por los cacataibo y se crió con ellos; mi bisabuelo volvió a vivir con los shipibo años más tarde, acompañado con su esposa, la madre de mi abuelo, que era cacataibo. Nuestro abuelo dietó toda su vida, alcanzando los más altos niveles de la sabiduría visionaria. Su temperamento era fuerte, pero su corazón generoso lo impulsaba a siempre ayudar a quienes pedían ayuda.

Desde niña, mi abuelo me curó con cantos y mi madre me trató con plantas. Pero la vida de una adolescente shipiba de nuestros tiempos no

es fácil. Recibimos mucha información contradictoria de los medios de comunicación y sentimos el racismo de la sociedad mestiza. Mi abuelo murió y perdimos a quien nos protegía; mi abuelo era como una columna imbatible que nos liberaba de todos los malos pensamientos que nos rodeaban, de las trampas, de las malas intenciones, de la brujería. Luego mi madre enfermó. Yo la vi sufrir mucho. Y surgieron problemas en mi casa. Tal vez por ese motivo, yo me alejé un poco de las enseñanzas de los antiguos. Veía, además, como muchos de los supuestos médicos de mi pueblo, los que ahora se llaman chamanes, eran mentirosos, se emborrachaban, engañaban a los extranjeros y practicaban brujería. Yo estaba decepcionada y confundida. Algunas veces tenía sueños extraños, sentía las voces de los antiguos que me llamaban, pero no les daba importancia. Todo eso cambió cuando conocí a mi esposo. Él ya venía conociendo un poco de la medicina sagrada, dietaba todo tipo de plantas y realizaba investigaciones etnográficas en la Amazonía, pero nadie le había explicado bien como era ser un médico Onanya legítimo. Juntos nos ayudamos el uno al otro para cambiar nuestras vidas y empezar a caminar con buen pensamiento. Él se volvió parte de nosotros; y aprendió a comportarse como lo hacían los antiguos médicos de mi familia.

Cuando mi esposo llegó por primera vez a mi casa en la comunidad nativa de Santa Clara, yo escuché la voz de mi abuelo Ranin Bima que me decía. “Ahora él va a empezar a dietar y tú lo tienes que apoyar, lo tienes que cuidar”. Entonces él entró en su primera dieta junto a mí y se fue a vivir en un tambo aislado. Era el inicio de nuestra relación y para mí fue muy doloroso no poder estar con él, pero tenía que sacrificarme porque quería verlo bien y que aprendiera lo que él tanto estaba buscando aprender. Mi madre había fallecido hacía muy pocos meses y era un momento difícil de mi vida. Mientras él dietaba, poco a poco empecé a tener sueños lúcidos, con una claridad que nunca antes había experimentado. Era como si yo misma estuviera dietando. Es que el marido y la esposa tienen una sola conexión, son un solo kano. Por eso la esposa del médico, aunque ella misma no siempre practique la medicina, debe vivir también de manera purificada, sin transgresiones, como dietando, aunque no tenga que someterse a tantas abstinencias. Una noche soñé que mi abuelo vino a buscarme. Le habían dicho que yo estaba perdida. Me guió por un bosque silencioso, entre árboles inmensos. Mientras caminábamos, me iba diciendo el nombre de distintas plantas que encontrábamos, nombres que yo nunca había escuchado, y me explicaba las propiedades de esos vegetales. Llegamos a un lugar muy hermoso, un pasto sombreado y fresco, que es dónde se reúnen los seres invisibles, los espíritus Chaikonibo. Mi abuelo me dijo que para los espíritus medicinales yo despedía un olor desagradable, pero que me habían permitido llegar hasta allá solo porque era su nieta. Luego me hizo bañar en un pozo hondo de agua perfumada. Cuando emergí, mi olor ya había cambiado por completo. Mi sangre se había impregnado con el aroma de los vegetales.

Mi abuelo dijo: “Estás sufriendo mucho, hija; te sientes sola, huérfana, pero no tiene que ser así. Tu mamá está aquí, con nosotros, con tus abuelos, estamos todos reunidos. Tienes que abrir bien tus ojos y tu pensamiento. Todos nosotros vivimos en tu corazón y en el mundo de las plantas. Nunca debes sentirte sola. Si piensas en nosotros encontrarás la fuerza que necesitas para superar cualquier dificultad... Mira por acá, te quiero enseñar algo, pero tienes que concentrarte bien”. Entonces me vi rodeada de mis abuelitas. Estaban bien arregladas, como las mujeres antiguas. Tenían sus coronas, aretes, collares, y las caras pintadas con diseños. A pesar de que yo sabía que eran ancianas, estaban recubiertas por un aire jovial, ligero, casi atemporal; y despedían un resplandor suave, que no me enceguecía, pero me transmitía un gozo, como un aire puro y refrescante que penetraba hasta lo más hondo de mi pecho. Todas se me querían acercar, tocaban mi pelo, me decían que yo era muy bonita. Pero mi abuelo habló fuerte: “¡Tranquilas! Tengo que conversar con mi nieta. La he traído para hacerla aprender. Te voy a ayudar, te voy a hacer conocer las plantas, para que puedas curar a la gente y para que te sientas bien”. Yo lo estaba escuchando, pero me distraje. Me sentía mareada. Entonces él me volvió a gritar: “¡Te desconcentras muy fácil, por eso no aprendes bien!”. Quedé callada, porque la voz de mi abuelo era fuerte y me asustaba. Sus palabras tenían una densidad casi material que podía sentir con cada palmo de mi espíritu.

Vi que también estaba mi mamá, pero a ella no la dejaban hablar. Hasta que al fin pudo decir unas palabras: “Tus abuelos piensan mal. Dicen que yo te quiero traer conmigo antes de tiempo. Pero no es así. Cuando recién partí de ese mundo, quise estar a tu lado, porque tú siempre estuviste conmigo. Tus abuelos no quieren que me acerque, para que no te enfermes con mi aire. Con el tiempo, mi aire va a cambiar, y tal vez pueda acercarme más”. Cuando una persona ha muerto hace poco y sigue apegada a la tierra, siempre quiere llevarse consigo a uno de sus parientes, para que les hagamos compañía en el más allá; eso no es bueno, y por eso no debemos ser personas aferradas de forma excesiva a esta existencia material y efímera. También es peligroso sentir mucha pena por los que han partido al otro mundo, ya que así nos debilitamos y nuestra alma puede irse detrás de la persona que ha fallecido. Para no ser víctimas de este peligro, debemos soplarnos con tabaco; y nuestro pensamiento debe elevarse y ser ligero. Luego de escuchar la voz de mi mamá, volví a ver a mis abuelos y me sorprendía su hermosura. Cuando pregunté porque estaban tan arreglados, me respondieron: “Estamos yendo a una fiesta”. Luego desaparecieron, y solo quedaban conmigo mi abuelo Ranin Bima y mi bisabuelo Rao Nita. Empecé a caminar con ellos por el bosque y me mostraban más plantas, mientras se reían contentos como unos niños. Nos acercamos a un árbol inmenso y grueso. Mi abuelo me preguntó: “¿Te das cuenta cómo habla este árbol, que tiene ojos y que tiene boca, que te puede observar?”. Y en verdad ese árbol podía comunicarse con nosotros, y yo me quedé impresionada. Entonces mi abuelo Ranin Bima subió al árbol

y decía: “Yo sé todo de las plantas”, y luego reía “¡je, je, jél!”. Mi abuelo Rao Nita también subió, pero no alcanzó la altura de Ranin Bima. Luego me dijo: “¿Y tú, Benschon, a ver sube?” Solo pude hacerlo un poquito, y luego me cansé. “Pensé que tu madre no te había enseñado nada”, me dijo, “pero algo has aprendido, por eso has podido subir, aunque sea un poquito”.

Cuando bajamos, mi abuelo Ranin Bima me dijo: “Yo siempre creí que iba a venir uno de mis nietos varones a aprender, pero tú llegaste. Tú vas a aprender mucho conmigo. Pero el que va a recibir mi conocimiento es otro que viene detrás tuyo. Es tu esposo quien va a aprender todo de mí; él es ahora mi nieto. Ustedes son las personas elegidas para heredar mi conocimiento; y a través mío, recibir la sabiduría de Dios. Tu esposo quiere aprender de las plantas y lo va a lograr. Él puede llegar hasta nosotros porque se ha bañado con muchas plantas; y ahora que se ha casado contigo, ya es miembro de nuestra familia. Nosotros somos Dueños de las plantas. Dios hizo todas estas plantas para que las personas puedan curarse”. Luego, mi abuelo me mostró su corona y me dijo: “Esta corona es para él”. Yo me volteé y vi a mi esposo ahí parado, todo vestido de blanco, como un médico del hospital. Así se presentó su alma en el mundo simbólico para que yo pudiera entender de qué me estaban hablando, como una comparación. Entonces le pregunté a mi abuelo: “¿Por qué no me la das a mí mejor?” Entonces él me la puso y la corona se me fue hasta el cuello. “¿Así quieres andar?”, me dijo. “Esta corona no es de tu medida, sino que le corresponde a él. Cuando aprenda un poco más, se la regalaré. Mucha gente cree que sabe de las plantas. Pero sus visiones son como juguetes que se destrozán. No saben curar a la gente. Solo aprenden lo malo y se ilusionan con fantasías. Pero ustedes si van a aprender de nosotros. Paso a pasó irán aprendiendo y podrán curar a los que sufren y vivir bien sobre la tierra”.

Mi abuelo Ranin Bima saludó a mi esposo y luego me dijo que ya se tenía que ir. Nos indicó por donde teníamos que salir. Caminamos por una trocha estrecha que se fue abriendo poco a poco, y llegamos a Santa Clara con la ropa mojada, como si saliéramos de la laguna. La gente nos miraba. Cuando nos encontramos con mi hermana mayor, ella me dijo: “¿De dónde vienen?”. “Hemos estado con los abuelos”, respondí. “No estés hablando tonterías”, me respondió. Ahí mismo desperté. Comprendí que ni siquiera mis hermanas creerían el camino de conocimiento espiritual que estaba emprendiendo. Junto a mi esposo empezábamos a caminar por los senderos ocultos de los antiguos, por las rutas que pocos pueden seguir; pero en ese momento pensé que tal vez algún día podríamos curar a alguno de sus hijos y entonces se darían cuenta de que los abuelos me han enseñado. Durante las muchas dietas que emprendió mi esposo yo seguí soñando con mis abuelos. Pero ya no me hablaba tanto a mí, sino que hablaban con mi esposo. Yo los miraba de lejos y llegaba a captar solo algunos fragmentos de sus conversaciones. Y cuando le contaba a mi esposo lo que había soñado, él parecía entenderlo todo, como si él mismo hubiera estado soñando con mis abuelos y viajando con ellos.



Una noche, mientras mi esposo dietaba un árbol cuyas cortezas y hojas son perfumadas, soñé que llegábamos al pueblo de los Chaikonibo, de los Dueños espirituales del mundo medicinal. Vi cómo a mi esposo lo bañaban en un manantial de agua perfumada; lo hundían entero en esas aguas y, cuando emergió, parecía una nueva persona, un hombre nuevo, resplandeciente, renovado, rejuvenecido. Yo estaba sentada ahí, pero no me dejaban acercarme demasiado. Entonces vi que le entregaban una nueva mujer para que sea su esposa; era una mujer muy bella, fina, con el cabello largo, arreglada con esmero, pintada con diseños y con aretes, con brazaletes, con mantas. Yo me puse intranquila y quería sentir celos; me preguntaba: ¿cómo pueden entregarle ustedes una mujer, si es mi esposo? Pero mi abuelo me tranquilizaba, me explicaba que no podía interpretar lo que estaba viendo con un pensamiento humano, con la perspectiva de nuestro mundo, ya que se trataba de la relación íntima que mi esposo establecía con los espíritus medicinales, de su alianza, su consagración a la medicina ancestral y su vinculación con los Dueños de la medicina. “No tienes que sentir celos”, me decía mi abuelo, “es una mujer de otro mundo, sin lujuria, sin maldad. Tu esposo se tiene que unir con ella para llegar a ser médico. No es para su beneficio, sino que muchas personas se van a beneficiar con este matrimonio, muchas personas se van a curar gracias a tu esposo”. El médico no es una persona que vive para sí mismo, ni debe buscar satisfacer sus deseos egoístas y libidinales, sino que su vida es consagración al servicio. Ahora entiendo que la unión del Onanya con una mujer Chaikoni es una realidad metafórica, simbólica, que expresa la compenetración de su alma con la medicina. En esa unión todo es santo. El médico penetra completamente en el mundo medicinal y la medicina lo envuelve por completo, se une a él y pasa a ser parte de sí mismo; el Meraya se hace uno con el mundo medicinal como el esposo se hace uno con su esposa, y el perfume de las plantas aromáticas ingresa en su interior, así como lo hace el aliento del ser amado cuando nos besamos en la boca.

Nuestro abuelo Ranin Bima se fue de este mundo sin transmitir a nadie sus enseñanzas. Él curó a muchas personas, pero nadie aprendió de él a ser médico. Sus hijos no pudieron cumplir con el rigor de las dietas y abandonaron el aprendizaje. Contagiados por la creciente modernización, pensaban que ser médico Onanya era muy sacrificado y no tenía utilidad alguna. Creo que mi abuelo no murió tranquilo por este motivo; por eso no se alejó del todo de nosotros, ya que nos veía indefensos, sin nadie que nos pudiera curar y proteger de la envidia y la brujería. Su espíritu permaneció esperando que llegara alguien que recibiera la transmisión de sus conocimientos, que heredara su conexión con el mundo espiritual. Es posible que cada médico legítimo tenga la responsabilidad de transmitir su conexión espiritual a alguien de la siguiente generación que muestre el talento y el temperamento necesarios para emprender este camino. La sabiduría medicinal se ha transmitido, al interior de las familias, desde hace generaciones. Por eso se dice que cada iniciado ha practicado la medicina por un tiempo que se extiende sin límites; no se trata

de un estudio llevado a cabo de forma aislada, sino de una herencia que viene desde un pasado remoto, difícil de precisar, desde que los Inka donaron sus conocimientos a los antiguos shipibos y les enseñaron a curar. Cada médico se encarga de incorporar este legado y perfeccionarse en la sabiduría, pero la transmisión de la conexión con el mundo espiritual es imprescindible. La transmisión no precisa de complicadas palabras, sino que acontece en silencio y pasa al discípulo por medio del aliento, del soplo.

Yo fui quien condujo a mi esposo hasta mi abuelo y al mundo de los Dueños de la medicina, porque yo soy de esa familia y de esa sangre, esa es mi herencia; pero ahora que él ha aprendido más de los antiguos, él me guía a mí. En mis sueños, yo he visto como mi abuelo le entregaba a mi esposo una macana, una corona, su pipa, una vara de oro. Mis abuelas le dieron una *cushma* con bellos diseños. Mediante esos símbolos me iban mostrando sus avances en el mundo espiritual y el conocimiento de la medicina que iba adquiriendo. Son insignias de los conocimientos y de la fuerza espiritual que le eran transmitidos. Hasta que una noche soñé que mi abuelo se despedía de nosotros. Él me dijo: “Me marcho a un viaje más lejano, por otros ríos. Ya le enseñé a tu esposo todo mi conocimiento, todo lo que necesita saber. Él ya es médico. Ahora ya tiene que andar por cuenta propia y hacer su propio camino”. Yo lloraba mucho mientras él se despedía, pero sabía que siempre viviría en mí. Además, aunque cada vez sueño menos con él, no deja de aparecer de vez en cuando. Algunas veces, cuando mi esposo vuelve a dietar, sueño que mi abuelo viene a recogerlo en su canoa para llevarlo de viaje.

## La epistemología visionaria

---

Para nosotros los sueños no son meros caprichos fantasiosos ni manifestaciones del inconsciente reprimido. Las explicaciones psicoanalíticas sobre los contenidos oníricos nos parecen limitadas y no dan cuenta de las reales capacidades perceptivas del espíritu y de la mente. Según los antiguos Onanya el sueño es un desplazamiento del alma en el que se puede entrar en contacto con realidades espirituales. En los sueños podemos conocer el pasado y el futuro, los sucesos distantes o los peligros potenciales, las propiedades de una planta o algún tipo de conocimiento medicinal, el estado emocional de nuestros seres queridos o la enfermedad que aqueja a algún paciente. Y lo que vivimos en sueños es tan real como lo que nos acontece en el mundo material denso que experimentamos en nuestra vigilia. El sueño es para nosotros un medio legítimo para obtener conocimientos importantes con los que podemos orientar nuestras prácticas cotidianas. No hay, entonces, una distancia radical entre la vigilia y lo onírico, puesto que ambos se vinculan y se moldean entre sí. Los espíritus Dueños de la medicina transmiten en los sueños sus conocimientos a quienes se están iniciando. La persona que no sabe soñar es como un tronco seco, tirado, sin vida, sin fuerza para levantarse; está ciego a las realidades espirituales que signan nuestra vida. Quien, por el contrario,

hunde sus raíces en las revelaciones nocturnas, obtiene fuerza espiritual y sabiduría. Esta comprensión de los sueños como medios de conocimientos y de adquisición de la fuerza necesaria para vivir bien, es la herencia que nos han legado los antiguos médicos. Pero yo no estaba atendiendo a las revelaciones oníricas debido a la inquietud de mi mente y a mi resentimiento.

Para las distintas culturas indígenas del continente americano, los sueños tienen una importancia fundamental a la hora de entender la relación que se establece con el resto de la existencia. Es importante aclarar que nosotros no hablamos del sueño según la comprensión moderna, ya que, según ha escrito Jaques Mabit, médico francés dedicado a la investigación de la medicina vegetalista de la Amazonía, “en este caso se trata de una forma de superconsciencia que permite acceder a otros niveles de realidad, y no limitada por las dimensiones espacio-tiempo habituales” (Mabit, 2018, p.8). En los sueños se reciben mensajes de los seres espirituales e incluso hay quienes afirman haber sido sanados mientras soñaban. Nuestra alma visionaria puede acceder a unos mundos vibrantes en los que recibe un flujo espiritual que tiene el potencial de transformarnos por completo. Durante su iniciación, los médicos Onanya se entrenan para aprender a soñar, de tal forma que puedan captar conocimientos que se mantienen inadvertidos bajo la luz del día. La comprensión del sueño desde la perspectiva indígena nos exige abandonar o dejar entre paréntesis las categorías modernas. Si nos quedamos cristalizados en el aparato metodológico eurocéntrico, los sueños de los Onanya no pueden ser tomados como fuentes fidedignas de conocimiento, reduciendo así la hermenéutica indígena de los sueños a un simple proceso supersticioso y delirante, lo que sería una falta de respeto.

En algunos sueños los mensajes se presentan de forma directa, porque una persona espiritual se nos acerca y nos dice un mensaje que es fácil de comprender; en otros, estos contenidos tienen que ser interpretados. Muchas veces, el sentido oracular solamente se revela tiempo después, cuando las cosas que el sueño nos anunciaba se hacen presentes y recién entonces caemos en cuenta del vaticinio onírico que no pudimos entender en su momento. Es así que perdemos la posibilidad de estar prevenidos ante diferentes sucesos y peligros. Por eso resulta conveniente conocer el simbolismo de los sueños. Son los mayores los que nos enseñan cómo debemos interpretar determinados contenidos oníricos; por eso algunas veces contamos nuestros sueños a nuestros padres, abuelos o tíos, y ellos nos explican cómo debemos interpretar lo soñado. Algunos significados son opuestos a los del contenido manifiestos del sueño: por ejemplo, cuando soñamos que lloramos, es porque nos llegará una noticia que nos provocará felicidad; cuando reímos, es posible que algo nos vaya a hacer sufrir. En otros, los significados deben ser captados por aproximación: cuando se sueña con una muerte, podemos prever que se aproximan cambios fundamentales en nuestras vidas; cuando soñamos que alguien está borracho y se tambalea por la ebriedad, estamos seguros de que esa persona tiene enfermedad.

Las plantas medicinales enseñan al dietador a soñar, otorgándoles sueños claros e intensos; el dietador amplía sus capacidades perceptivas y esta facultad se manifiesta muchas veces en forma de sueños profundos y cargados de una profusión simbólica. La persona que se ha iniciado de la manera correcta no sueña como los demás, sino que tiene sueños fuera de lo común. El soñador capta los pensamientos que recorren la atmósfera, las voces pronunciadas en otros territorios, las intenciones ocultas y las palabras maledicentes contra nosotros, e incluso los cantos cantados con envidia y los ataques de brujería; también puede entrar en contacto, durante los sueños de la dieta, con la intimidad de las plantas y con los espíritus resplandecientes que siempre nos acompañan, nos cuidan, nos aconsejan y dan fuerza. El dietador poco a poco se vuelve capaz de estar consciente en sus sueños, de darse cuenta de que está soñando y de tal manera puede realizar acciones oníricas extraordinarias. Por ejemplo, si soñamos que unos enemigos nos persiguen y tomamos conciencia de que es un sueño, podemos volar y escapar de los enemigos con facilidad. El dietador, gracias a las plantas medicinales, cuenta con defensas espirituales que, al menos en cierta medida, permanecen activas durante los sueños, para que los ataques de la brujería no se aprovechen de la inconciencia onírica. Hay un punto de conciencia que el médico tradicional nunca pierde.

## Conclusiones

---

Los antiguos médicos Onanya penetraban en sus sueños y visiones como si navegaran por ríos o se hundieran por las sendas del bosque; así como el cazador y el pescador buscan un alimento material para sustentar su vida y las de sus familias, los médicos visionarios iban tras el alimento espiritual del conocimiento, para fortalecer sus almas y defender a sus parientes contra las fuerzas oscuras y destructivas que nos circundan y amenazan. Los médicos buscaban vincularse con los antepasados para así obtener su sabiduría. La categoría ancestral se refiere a algo que viene de los ancestros; o, en todo caso, a sabidurías, prácticas y territorios que el imaginario de las personas atribuye a los antiguos. No es una categoría cerrada en el pasado, ni algo que se cristaliza de una vez para siempre, que se mantiene inmutable y no puede ser reinterpretado desde el presente; lo ancestral se reactiva en los sueños, en las visiones, en el pensamiento, en la respiración y en los actos de aquellos que se mantienen cercanos a la raíz espiritual de los Onanya, nutriéndose de la misma fuerza espiritual que sustentó y animó a los primeros sabios de nuestra nación. El pensamiento ancestral es lo suficientemente flexible y dinámico como para dar respuestas a los retos de nuestro tiempo, y ayudarnos a vivir bien en el ahora. Lo necesario es saber escuchar las voces de los mayores y tener un pensamiento fuerte, un corazón generoso y habitado por la luz del Espíritu. Es así como en las propias prácticas se renueva la hondura de la tradición. No se trata de repetir de memoria una verdad pretérita, sino de volver a realizarla, de traerla una vez más a nuestro mundo e irradiar su

luminosidad, para con ella responder a los retos del presente y del futuro. Lo ancestral es una antorcha que alumbra en lo desconocido y nos permite ser individuos plenos en el aquí y en el ahora.

Los saberes ancestrales hablan a cada quien, de manera personal, estableciendo con nosotros un vínculo vivo y fluido. Esta relación libertaria con una tradición dinámica, que se interpreta de manera personal y libre, a partir de la propia experiencia, evidencia la pulsión filosófica del pensamiento de los médicos. En el Onanya no hay sumisión a una determinada institución religiosa o conjunto de creencias, sino latencia y posibilidad, libertad y realización personal. Los grandes Onanya del pasado nunca pretendieron que quienes aprendían de ellos tuvieran que repetir ciertos procedimientos de forma mecánica e invariable. Cada nuevo médico visionario se liga a una fuente espiritual común, pero expresa este vínculo con una voz propia, con un temperamento irreducible, con una personalidad irremplazable. El monje budista Tich Nhat Hanh (2008) ha escrito que “nuestros antepasados espirituales también nos han dado luz y también continúan haciéndolo [...] Si se cuenta con la suficiente fuerza espiritual, se alumbra a un hijo espiritual, y a través de la propia vida práctica, se continúa dando luz, incluso después de la muerte” (p.55). Nosotros nos identificamos con las palabras dichas por este sabio budista vietnamita, ya que con ellas podemos explicar aquello que nosotros hemos vivido en nuestros sueños, nuestra relación con nuestro abuelo, que desde el otro mundo nos ha transmitido su sabiduría y nos orientó durante la iniciación de mi esposo Inin Niwe. Desde los sueños, nuestro abuelo nos ha dado una fuerza con la cual podemos ayudar a otros. Mi esposo se ha vuelto un hijo espiritual de mi abuelo y ha heredado sus conocimientos.

Por los afanes de este mundo, viviendo en apuros, sin querer dietar y olvidando las plantas, muchos de los actuales shipibo desconocen esta fuerza espiritual que nos viene de los ancestros. Si queremos seguir siendo un pueblo con una identidad propia, tenemos que mantener vivo nuestro vínculo afectivo con los antepasados. El ser humano se debilita, a un nivel psicológico y espiritual, si no tiene vínculos sólidos y vivos con los antepasados, si no es parte de una red de relaciones que lo conecta tanto con sus familiares vivos como con los sabios antiguos. El “progreso” de la civilización occidental ha mostrado en la Amazonía uno de sus rostros más cruentos. Su estela de destrucción y muerte persiste hasta nuestros días. Es como si el mundo estuviera vuelto de cabeza. Ya nadie puede vivir sin dinero. La codicia y la envidia enferman los corazones, aún en nuestro propio pueblo, entre nuestros parientes. La generación de nuestro abuelo fue la última que subsistió por completo de su trabajo en la chacra, en la pesca, buscando mitayo en el monte, con cierta soberanía frente a las imposiciones de la economía mercantilista. Ellos fueron los grandes sabios, los grandes médicos del pasado, las mujeres fuertes y trabajadoras, los hombres valientes y de gran pensamiento, ani

shinaya jonibo. Nosotros ya no sabemos vivir así. Los animales se alejan cada vez más ante la depredación excesiva de los bosques; los pescadores están agotando los peces; los ríos y las lagunas, que antes eran fértiles, se han contaminado; las grandes ciudades no dejan de consumir toda la riqueza del monte como monstruos insaciables. El tiempo de los antiguos se ha perdido de este mundo para siempre. Pero todavía persiste vivo en otra dimensión existencial con la que podemos vincularnos si seguimos los pasos iniciáticos que ellos nos enseñaron. A pesar de los cambios radicales y la confusión imperante, quien logra vincularse con los mundos espirituales, haya en ellos la sabiduría, la claridad y la fuerza que necesita para vivir de forma legítima y con una determinación inquebrantable.

En mis sueños he andado por caminos extraños, hermosos y poco frecuentados. En los mundos espirituales he visto maravillas, como árboles y aves que hablan, tal como contaban las historias de los abuelos. He descubierto así que, a pesar de las diferencias entre los humanos, las plantas y las aves, de que cada especie tiene sus propias perspectivas y costumbres, en los mundos suprasensibles todos aún conservamos una misma lengua, una lengua original con la que podemos entendernos y trazar puentes. En los sueños recordamos que todos los seres vivos estamos vinculados, que provenimos de un mismo origen y que tenemos mucho que aprender los unos de los otros. Sin lugar a duda, las narraciones ancestrales han de interpretarse tomando en cuenta las dinámicas oníricas y las experiencias espirituales que desde antiguo han tenido los Onanya. Una vez mi abuelo me dijo: “Tú sigues pensando que nuestras conversaciones son solo un sueño, como dicen los mestizos. Pero este mundo en el que conversamos es real y siempre ha existido, pero los demás no lo ven. Aquí todo es bueno. Solo vienen las personas de buen pensamiento, los humildes, los que se han sacrificado por amor”. Yo he dietado un poco para sanarme, y así he aprendido. Además, como yo y mi esposo somos una unidad en cuerpo y espíritu, he recibido una fuerza gracias a sus dietas. Pero una mujer joven, que quiere aún tener hijos y todavía tiene la menstruación, no puede dietar tanto como el varón.

La menstruación es un proceso de purificación de la mujer, su propia forma de dietar; y el olor de la sangre menstrual, jansho niwe, no es acorde con el perfume de la medicina vegetal. Cuando la mujer llega a ser mayor, ya puede ser médica; la menopausia, lejos de ser vivida como algo triste, abre la posibilidad de un nuevo ámbito de realización para la mujer. Pero, por más que diete plantas fuertes, una mujer sabia nunca será como el varón, sino que tendrá sus propios conocimientos femeninos. Los hombres y las mujeres no somos iguales, sino que nuestra belleza y sabiduría reside en nuestra singularidad y diferencia. Yo soy una mujer soñadora: vivo bien, pienso bien, trato de no transgredir las enseñanzas antiguas; y es por eso por lo que mi alma es ligera y puede llegar a viajar por los mundos espirituales. Una mujer que vive en la promiscuidad, con rabia, envidia y resentimiento,

nunca alcanzará a los seres brillantes. Mi esposo dice que la mujer puede soñar con más profundidad que el varón. Yo pienso que es así, pero reconozco también que una mujer no puede luchar contra la enfermedad y la brujería con la misma fuerza que tiene el varón que se ha iniciado de manera legítima. Los aspectos femeninos de la medicina tienen más que ver con la purificación, con los buenos olores de las plantas, con atraer el amor y donar tranquilidad, amparo y cariño. Lo mejor es que un médico hombre trabaje siempre junto a una mujer, que sus cantos se entrelacen en la mareación del ayawaska, que se complementen con armonía en beneficio de los demás, apreciando nuestros atributos y respetando los del otro.

Quienes siguen el camino iniciático de los Onanya pasan a formar parte de una comunidad espiritual, al igual que lo fueron todos los médicos sabios de antaño. Cuando el alma del sabio visionario alcanza el mundo espiritual, se encuentra con todos los médicos del pasado, que lo reciben con afecto compasivo y paternal, y le transmiten sus conocimientos y su sabiduría. Los Onanya de todos los tiempos se encuentran íntimamente ligados por vasos comunicantes, sutiles pero irrompibles. Son parte de una red de relaciones afectivas, espirituales y de sentido, que ha de perdurar más allá de todos los cambios culturales y las convulsiones de nuestro mundo, de las amenazas que se ciernen sobre nosotros. Desde nuestra conexión con el mundo espiritual viene a nosotros los conocimientos fundamentales; si bien los consejos y enseñanzas de nuestros mayores son importantes, es la propia experiencia visionaria, escuchando las palabras de los antiguos y comprobando la realidad del mundo espiritual, lo que nos da una sabiduría insustituible. La vinculación con los antepasados y con los mundos de la medicina es la raíz espiritual de la nación shipibo-konibo; sin esa relación con los mundos espirituales, caemos en el vacío y pasamos a ser como cualquier otro pueblo. Desatender las palabras de los ancianos y el consejo de los antiguos Onanya que hablan en nuestros sueños, nos conduce a la aculturación y a la pérdida de sentido. Aquellos que siguen las enseñanzas dejadas por los sabios de antaño, se vuelven semejantes a los grandes árboles del monte: sus raíces se clavan cada vez más profundas y sus ramas se elevan alto.

## Notas

---

<sup>1</sup> Algunos de los testimonios incluidos en este artículo ya han sido publicados antes por los autores en la revista *El Ojo Interior* (Inin Niwe y Chonon Bensho 2017). Sin embargo, el presente artículo es un material original en tanto incluye precisiones epistemológicas y un desarrollo teórico que no comprende el material publicado con anterioridad. Así mismo, este texto es parte de una investigación más amplia por parte de los autores y dialoga con el artículo “Non rao nete (Nuestro mundo medicinal): La medicina visionaria del pueblo shipibo y su relación con los seres vivos”, publicado por la revista *Diálogo*, que se incluye en la presente bibliografía

## Referencias

- FAVARON, P. (2017). *Las visiones y los mundos: sendas visionarias de la Amazonía occidental*. CAAAP y UNU: Lima. <https://doi.org/10.1353/dlg.2019.0003>
- FAVARON, P., ASTRITH, G. (2019). Non rao nete (nuestro mundo medicinal): la medicina visionaria del pueblo shipibo y su relación con los seres vivos. *Diálogo*, 22 (1), 19-18.
- NIWE, I., y BENSHO, C. (2017). Los sueños de Chonon Bensho. En: *El Ojo Interior: semillas para la conciencia ciudadana*. Número 22. Trujillo, Perú.
- JUNG, C.G. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. (pp. 9-178). Ediciones Paidós Ibérica, S. A., Barcelona.
- MABIT, J. (2015). Prólogo. Pasos hacia una ciencia inspirada. En H. Miroslav (Ed), *Etnobotánica y fitoterapia en América* (pp. 12-14). Universidad de Nemedel en Brno: República Checa.
- CHIRINOS PORTOCARRERO, R. (2018). Chakaruna, un encuentro vital entre la tradición andino-amazónica y la occidental. *Revista de Ciencias Sociales, Yachay, saberes andino-amazónicos*, 9, 187-213.
- TAFOYA, T. (1995). Finding harmony: balancing traditional values with western science in therapy. *Canadian Journal of Native Education*, 21, 7-27.
- HANH, T. N., Steindl-Rast, D., y Portillo, M. (2008). *Buda viviente, Cristo viviente*. Editorial Kairós: Barcelona.
- TUHIWAI SMITH, L. (2017). *A descolonizar las metodologías: investigación y pueblos indígenas*. Santiago: LOM editores.
- BISMARCK, P. V., Y ROJAS, A. V. (2005). *Koshi shinaya ainbo: el testimonio de una mujer shipiba*. Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales, Univ. Nacional Mayor de San Marcos: Lima.
- WILSON, S. (2008). *Research is ceremony: Indigenous Research Methods*. Fernwood Publishing: Winnipeg, Canadá.